

“Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿encontrará fe sobre la tierra?” Por tercera semana el evangelio nos invita a reflexionar más profundamente sobre la fe. Aunque la historia de la Viuda Insistente y el Juez Injusto no nos parezca que se trata de fe, Jesús claramente piensa que sí. Él concluye la historia con: “Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿encontrará fe sobre la tierra?”

Solo para repasar, esta conversación sobre la fe comenzó con los apóstoles diciendo: “¡Auméntanos la fe!” Jesús afirmó la necesidad de la fe, pero enseñó que cualquier fe es suficiente: “Fe del tamaño de una semilla de mostaza.” Luego conectó fe y servicio: la fe siempre nos lleva a una relación con Dios y nuestros vecinos. Específicamente, la fe nos lleva a alimentar al hambriento, desde los niños hasta los que no tienen hogar. La semana pasada, Jesús conectó “fe” y “ser salvado.” Uno de los diez leprosos le respondió a Jesús con fe. La fe se manifiesta alabando a Dios, rindiéndose a Dios y agradeciendo a Dios. Cuando nos damos cuenta de que nuestra vida ha sido tocada por Dios, nuestra alma, huérfana en nuestro mundo hiper-racionalizado, comienza a respirar y somos hechos completos, convirtiéndonos en la persona que Dios nos creó para ser.

Esta semana, Jesús continúa explorando la fe contándonos la historia de la Viuda Insistente y el Juez Injusto. Miremos más de cerca el evangelio de hoy. Comenzamos con un juez que ha perdido la conexión con su alma. Ha perdido

completamente la conexión con Dios y con otras personas. La función principal del alma es conectarnos con Dios y con los demás: el alma une, sintetiza y sana. La relacionalidad es el valor central del alma. El juez está completamente separado de este valor y, por lo tanto, de su alma. Otra forma de decirlo es que el juez está viviendo solo a partir de su ego. El juez nos advierte que esta historia tiene algo que ver con la relación del alma con el ego.

Luego, Jesús nos presenta a una viuda insistente. Ella actúa de una manera totalmente irracional: día tras día va al juez y exige justicia. Día tras día es rechazada. La viuda está ahora al borde de la violencia. Si el juez representa al ego, entonces la viuda representa al alma en todos nosotros. Nuestras almas no son racionales, son relacionales. Por ejemplo: enamorarse es obra de nuestras almas, el amor fluye de nuestra esencia más profunda. Cuando se trata de amor, la razón se vuelve secundario. En la historia de Jesús, el ego tiene la ventaja y se niega a escuchar al alma. Esto pasa seguido con nuestro ego: quiere tener el control de la vida —el alma sabe que el ego no lo tiene. Frecuentemente sucede que nuestro ego y nuestra alma están en desacuerdo. El ego inflado quiere paralizar el alma, evitando que interrumpa nuestras vidas. El alma es insistente, interrumpe nuestra vida hasta que entramos en una relación correcta con Dios. El alma nos molestará en nuestros sueños, nos infligirá culpa, nos arrojará a estados

de ánimo y así interrumpirá nuestras vidas para que finalmente cedamos y permitamos al alma su relación legítima con Dios.

Esto es lo que el alma anhela más, el alma sabe que Dios es su hogar legítimo, y de hecho, es la fe del alma la que nos lleva a Dios. Es a través de la fe del alma que Dios finalmente nos alcanza. Por eso la oración es tan importante. La oración es nuestra rendición a la presencia de Dios dentro de nosotros, permitiendo que Dios guíe nuestras vidas. Esta relación del alma con Dios es tan importante que, sin ella, no hay nada de valor en la vida. Sin conexión con el alma, nuestra vida se reduce a nada en el Reino de Dios. Entonces, ¿prevalecerá en nuestra vida la viuda insistente que actúa con fe? ¿Encontrará la fe un lugar en el mundo? Por eso Jesús pregunta: “Cuando venga el Hijo del Hombre, ¿encontrará fe sobre la tierra?” ¿Ganará el ego y destruirá a la humanidad y la tierra, o prevalecerá la fe? El alma nunca renunciará a la fe.